

César Vidal

Un ensayo sobre el
genocidio de la izquierda

Paracuellos Katyn



El pasado siglo XX mostró entre sus características más terribles la de la perpetración del genocidio, es decir, el exterminio de sectores completos de una población por razones raciales, religiosas o políticas. La presente obra constituye un estudio histórico sobre los crímenes contra la Humanidad cometidos en Paracuellos y Katyn, millares de fusilamientos llevados a cabo por fuerzas de izquierdas, que no fueron obra de incontrolados sino de las más altas autoridades. Partiendo de documentos que abarcan desde las fuentes diplomáticas a los archivos de la extinta URSS, el presente libro es una obra absolutamente indispensable para entender la guerra civil española y la historia de las izquierdas sin mitos ni ocultaciones.

A los más de cien millones de muertos causados
por el denominado socialismo real a lo largo del
siglo XX.

INTRODUCCIÓN

El pasado siglo XX tuvo entre sus características más terribles la de la perpetración del genocidio entendiendo como tal la búsqueda del exterminio de sectores completos de una población por razones raciales, religiosas o políticas. La palabra *genocidio* trae, en primer lugar, a la mente —y es lógico que así sea— el Holocausto o la Shoah en el curso del cual seis millones de judíos encontraron la muerte a manos del nacional-socialismo alemán y sus aliados. Sin embargo, por desgracia, no sólo el nacional-socialismo perpetró políticas genocidas que costaron la vida a millones de personas. Ni siquiera puede decirse que fuera la ideología que a lo largo del siglo XX causara más muertos. Tampoco que fuera la primera.

Comencé a estudiar la terrible cuestión del genocidio hace años precisamente en relación con el Holocausto. En el curso de esas investigaciones tracé el desarrollo concreto de la Shoah,^[1] sus raíces ideológicas desde el siglo XIX^[2] e incluso las tramas políticas empeñadas en negarlo en las últimas décadas^[3]. Sin embargo, uno de los aspectos que fue surgiendo en el curso de esos años de investigación fue la creciente certeza —documentada vez tras vez— de que los nacional-socialistas no sólo no habían sido los únicos genocidas, sino tampoco los primeros. Fue justo en el curso de una investigación sobre las revoluciones rusas de 1917^[4], cuando me encontré con un esquema exterminacionista que nada tenía que envidiar al puesto en funcionamiento por Hitler más de dos décadas después. La diferencia fun-

damental estribaba en que el exterminio propugnado por Lenin y sus seguidores no se dirigía hacia una etnia concreta sino hacia sectores sociales específicos. El enemigo no era el judío, sino el burgués, el clérigo, el aristócrata, el capitalista o simplemente el tibio o el izquierdista no dispuesto a dejarse amoldar a las consignas bolcheviques. Al fin y a la postre, el destino que le esperaba era semejante. Así, ni la red de campos de concentración, ni las detenciones de rehenes, ni las matanzas en masa de civiles comenzaron con Hitler. De hecho, tampoco el uso de gas para asesinar a poblaciones civiles ni el camión de gas como arma de ejecución comenzaron con el nacional-socialismo alemán sino con el bolchevismo de Lenin.

En el curso de los años siguientes proseguí esta línea de investigación en distintos trabajos, uno de los cuales —posiblemente el que tuvo una mayor repercusión editorial llegando a superar la docena de ediciones en tan sólo medio año— fue *Checas de Madrid*^[5]. Con todo, ésta no pretendía ser ni una obra definitiva ni agotar el tema aunque, ciertamente, su documentación era extraordinariamente sólida ya que incluía no sólo la obrante en diversos archivos españoles —sin excluir la Causa general— sino también las propias fuentes del Frente Popular y, de manera muy especial, la procedente de fondos diplomáticos extranjeros y de archivos de la URSS. Todas y cada una de las conclusiones a las que llegaba en *Checas de Madrid* resultaron pues incontestables para cualquier estudioso imparcial. De hecho, las críticas fueron o calurosamente positivas o, en un par de casos, presentaban objeciones que no pasaban de la altura ínfima de lo políticamente correcto, pero sin poder refutar ninguna de las afirmaciones contenidas en el libro.

A pesar de todo lo anterior, había tres aspectos de enorme importancia que apenas quedaban esbozados en aquella obra y de los que me ocupó en este libro. El primero de ellos fue la raíz primigenia de esa visión totalitaria y

exterminacionista que Lenin y sus sucesores encarnaron en la URSS, y que, posteriormente, fue vivida en la España del Frente Popular. El segundo fue el cúmulo de razones que llevaron a fuerzas políticas que no eran comunistas a sumarse con verdadero entusiasmo a ésa política de exterminio físico del adversario político. El tercero era la búsqueda de paralelos entre el proceso seguido en España durante la guerra civil de 1936-1939 y lo acontecido en otros países europeos con posterioridad. La presente obra se detiene precisamente en esas tres cuestiones.

En su primera parte, he trazado las raíces ideológicas de esa visión exterminacionista que se pueden retrotraer de manera directa más allá de Lenin al propio Marx y a su *Manifiesto comunista*. En este opúsculo —enormemente revelador, por otra parte— Marx señala cómo la meta del socialismo es la implantación de la dictadura del proletariado, que ha de venir precedido por la desaparición física de segmentos íntegros de la sociedad. Ciertamente, tal visión se encarnó de manera especialmente clara en Lenin, pero, en el caso español, su mayor peso derivó hasta 1936 no del minúsculo Partido Comunista sino del PSOE. A diferencia de otros socialismos, el PSOE no experimentó revisión democratizadora sino que desde el mismo Pablo Iglesias siguió una línea antidemocrática que dio claros frutos de violencia en 1934 y 1936, pero que era anterior al inicio del siglo XX. Algunos de los datos que aportó en esos primeros capítulos —especialmente los relacionados con la revolución rusa— fueron abordados con bastante más amplitud en *Checas de Madrid*, pero, al menos en parte, era obligado volver a recordarlos en esta obra.

A continuación, este libro se ocupa de la manera en que esa visión socialista, en sus diversos matices y manifestaciones, acabó aniquilando la Segunda República e implantando un régimen de terror cuya máxima manifestación —desgraciadamente no la única— fueron las matanzas de Paracuellos en las que perecieron cerca de cinco mil personas.

De nuevo, algunos de los datos consignados en esta parte del libro serán conocidos para los lectores de *Checas de Madrid*, pero la reconstrucción de aquel drama es, desde luego, mucho más completa y permite mostrar cómo no se trató de un episodio aislado ni tampoco de obra de incontrolados. Fue, por el contrario, la manifestación de toda una política de exterminio decretada por las instancias más altas del Frente Popular y del gobierno republicano.

En la tercera parte del libro, me ocupo del segundo gran crimen contra la Humanidad —Katyn— así como de la manera en que hubiera evolucionado la situación política en España de haber ganado la guerra el Frente Popular. Es ésta una cuestión nada difícil de dilucidar cuando uno, compara las mutaciones experimentadas por la España frentepopulista y por la Europa del Este posterior a 1945.

Que el régimen republicano se desplazaba desde mediados de 1937 hacia la instauración de una dictadura sometida a Stalin es algo absolutamente indiscutible. Semejante hecho no sólo deriva de la propia documentación soviética y de los testimonios republicanos, sino también del análisis comparativo de lo que sucedió en la Europa del Este después de 1945. En cuanto a cuál hubiera sido el destino de los derrotados de haber tenido la guerra civil otra conclusión, queda suficientemente ilustrado por episodios como el de Katyn que se describen en esos capítulos. Como tendrá ocasión de comprobar el lector, Katyn siguió una metodología similar a la de Paracuellos pero fue dirigido no contra enemigos de un conflicto que se estaba librando, sino contra prisioneros de una guerra ya concluida y ganada.

Como es el caso en otros estudios históricos, éste no exige leerlo en orden y permite un examen aislado por partes. La persona que desee, de manera especial, examinar lo sucedido en Paracuellos y Katyn puede, perfectamente, dirigirse a esas partes del estudio orillando la primera. Con todo, la ventaja de adentrarse en la extensa parte prelimi-

nar es que permite entender de manera cabal cuestiones como los orígenes de la visión exterminacionista de la Historia, la facilidad con que el PSOE se bolchevizó y la rapidez con que pudo desarrollarse un sistema de represión en 1917 y 1936.

Paracuellos y Katyn constituyen paradigmas del horror, un horror que precedió a las grandes matanzas perpetradas por los nacional-socialistas alemanes, y que deja de manifiesto cómo el exterminio en masa fue un instrumento privilegiado —indispensable, en realidad— de acción del denominado socialismo real. Hoy en día, cuando hace más de una década que las dictaduras comunistas desaparecieron del este de Europa y su retroceso parece irreversible en otras partes del mundo, debemos reflexionar sobre lo que significó en el siglo XX y lo cerca que estuvo de imponer su esclavitud a todo el globo. Como en cierta ocasión me dijo el científico Antonio López Campillo, su derrota casi, casi obliga a creer en la existencia de un Dios bueno.

Madrid, diciembre de 2004

PRIMERA PARTE

EL LARGO CAMINO HACIA EL GENOCIDIO



CAPÍTULO I

**MARX Y LA JUSTIFICACIÓN DEL
EXTERMINIO****El socialismo:
una nueva filosofía de la Historia**

Las tesis socialistas en sus más diversas variantes cuentan con una historia muy dilatada. Desde luego, se hallan presentes en la constitución de la griega Esparta —una polis totalitaria en la que la familia, la propiedad e incluso la imagen pública se hallaban totalmente sometidas a los dictados estatales— y en los programas políticos de Platón recogidos en *La República* y en *Las Leyes*. El judaísmo bíblico no incluyó en su visión del fin de los tiempos el socialismo sino una generalización de la propiedad privada para todos, «cada uno debajo de su higuera y de su parra», pero sí es cierto que insistió en que la Tierra no pertenecía sino a Dios y que sus detentadores no ostentaban la propiedad sino la posesión. Tampoco el cristianismo se decantó por una visión socialista si exceptuamos la comunidad de bienes judeo-cristiana durante los primeros años posteriores a la muerte de Jesús, las reglas de vida en comunidad de las órdenes religiosas o el peculiar caso de los hutteritas durante el siglo XVI.

Para ser sinceros, el socialismo ha aparecido históricamente en momentos en que se creía, con fervor se podría añadir, en las posibilidades de liquidar el sistema económico y sustituirlo por otro en el que los seres humanos obtendrían bienes sin parangón en la Historia humana. En ése sentido, no es de extrañar que las defensas del socialismo se produjeran cuando la democracia griega parecía estar viviendo sus últimos días (Platón), cuando el sistema medieval se agotaba sin saberse a ciencia cierta qué lo sustituiría (Tomás Moro, Campanella) o cuando la revolución parecía estar agazapada a la vuelta del camino a la espera de que alguien se sumara a ella. Esta circunstancia explica que la puesta en marcha de no pocos proyectos de signo socialista y la configuración de distintas ideologías de este nombre encontraran su marco cronológico en los inicios del siglo XIX no pocas veces como consecuencia de un impulso derivado de la Revolución francesa que terminó —no se puede olvidar— en una dictadura militar disfrazada de imperio, pero durante la cual pareció que todo estaba al alcance de la mano.

Su nada escasa multiplicidad y su traducción escasa en la vida real —Platón fue expulsado por los tiranos a los que pretendía convencer de sus ideas, Campanella y Moro fueron ejecutados...— explica, siquiera en parte, que el socialismo se viera con el curso de los años, pocos además, despojado de todas sus raíces y conectado casi de manera única con los nombres de Karl Marx y Friedrich Engels. Este fenómeno prácticamente comenzó a fraguarse desde los primeros momentos en que los dos personajes entraron en contacto.

Nacidos ambos en una clase social acomodada que no sólo les permitió el acceso a una educación académica superior a la media, sino también bienes de fortuna que en el caso de Engels pueden calificarse de verdadera riqueza, los años que fueron de 1844 a 1846 resultaron de una extraordinaria importancia para ambos. Precisamente en la prime-

ra de las fechas se conocieron y descubrieron que habían llegado a un acuerdo completo en los aspectos teóricos. La pareja volvió a reunirse en la primavera de 1845 y, según relata Engels, para aquel entonces Marx ya había terminado de perfilar su concepción materialista de la Historia y ambos comenzaron a elaborar con más detalle aquel resultado. Según referiría el mismo Engels, aquella teoría de Marx era, en realidad, un «descubrimiento» que «iba a revolucionar la ciencia de la Historia». En otras palabras, la concepción de Marx era, desde su punto de vista, más un hallazgo científico que una elucubración filosófica como habían sido las obras de Platón, Moro o Campanella. Precisamente, por ello, pensaba Engels que en adelante no sólo había que «razonar científicamente» sus puntos de vista, sino que además había que hacer lo posible por «ganar al proletariado europeo» a la nueva «doctrina».

Marx y Engels^[6] iban a iniciar ciertamente una fecunda colaboración y ésta transcurrió en aquellos primeros años precisamente sobre los dos canales señalados por el segundo. En primer lugar, intentaron proporcionar una forma más acabada a lo que, de manera bastante pretenciosa, consideraban un descubrimiento científico del que surgirían obras como las *Tesis sobre Feuerbach*, la *Ideología alemana* y la *Miseria de la Filosofía*. En segundo, dieron algunos pasos más prácticos como la entrada en la Liga de los Justos que desde el congreso de junio de 1847 se convirtió en la Liga de los comunistas. Fue precisamente esta entidad la que en su congreso de noviembre- diciembre de 1847 encomendó a ambos la redacción de un documento programático que sería conocido como el *Manifiesto comunista*, texto que mucho más que *El capital* o cualquier otra obra de Marx iba a marcar el desarrollo del socialismo de las siguientes décadas.

El contexto en el que la obra iba a aparecer no podía resultar en apariencia más prometedor. Por un lado, existía una convicción profunda por parte de Marx y de Engels de

haber hallado una especie de instrumento privilegiado que les permitía comprender la Historia de manera científica. Sin embargo, tal expresión no poseía entonces el significado que hoy se le daría. Actualmente, entenderíamos que una forma científica de examinar la Historia implicaría hacer uso de una metodología rigurosa de investigación. Por el contrario, en las obras de Marx y Engels —pese a su pretendido cientifismo— la manera científica de examinar la Historia posee un tinte que casi se nos antoja mágico. En realidad, viene a indicar que se ha dado con la clave para desentrañar los arcanos de los acontecimientos históricos —especialmente los futuros— y que esta clave no puede ser trascendente y apelar a la idea de Providencia —como habrían hecho, por otra parte, judíos, griegos, romanos o cristianos— sino que debe relacionarse con una visión filosófica materialista.

En segundo lugar, Marx y Engels, hasta entonces un par de nombres más en medio del maremágnum de las concepciones socialistas de inicios del siglo XIX, tenían la posibilidad de convertirse en los ideólogos oficiales del movimiento. Pasando por alto cualquier otra concepción existente, ahora contaban con la oportunidad de implantar la suya de manera primero preponderante y luego exclusiva.

Finalmente, el momento parecía el más adecuado para este optimismo. De manera especial, podía creerse que Alemania estaba madura para la revolución. Los acontecimientos de los últimos años, desde luego, no habían dejado de ser una cadena de calamidades. En el verano de 1844, se había producido una insurrección de tejedores en Silesia. Ese mismo año comenzaron las malas cosechas que se extendieron hasta 1845. Durante 1845 y 1846, se sufrió una plaga que afectó especialmente la patata, el alimento básico de los obreros. En agosto de 1846, la población de Colonia se enfrentó con la guarnición. En 1847, estallaron revueltas causadas por el hambre en Berlín, Ulm y Stuttgart. Sin embargo, y de manera bien significativa, el motor del

deseo de cambio social no había sido el proletariado sino la burguesía ciudadana que buscaba la implantación de una monarquía constitucional como la inglesa. Al fracasar el intento de reforma pacífica del sistema político con ocasión de la Dieta de 11 de abril de 1847, la burguesía adoptó un giro más radical en sus acciones y comenzó a defender una solución republicana.

La caldeada situación alemana tenía su paralelo en otras naciones. En Francia, el gobierno de Luis Felipe, auténtico instrumento de las oligarquías, se enfrentaba con revueltas ocasionadas por el hambre y con una pequeña burguesía que deseaba la ampliación del censo electoral lo que, fácilmente, podía desembocar en la proclamación de la república. En el verano de 1847, distintos Estados italianos se agitaban contra el dominio austríaco. En octubre-noviembre del mismo año, Suiza se vio desgarrada por una guerra civil de la que emergieron vencedores los cantones democráticos enfrentados a los clericales^[7].

La opinión que en aquellos momentos manifestaban vez tras vez Marx y Engels en sus escritos era la de que la revolución mundial, la revolución que impondría el dominio del proletariado, estaba por llegar de manera inminente. Engels se refería, por ejemplo, al «corto plazo» que le quedaba a la burguesía y en su *Catecismo comunista* (o *Principios del comunismo*) escrito en el otoño de 1847 afirmaba que la «revolución del proletariado se acerca de acuerdo con todos los indicios». En medio de ese clima enfervorizado, casi febril, Marx y Engels escribieron su obra más leída: el denominado *Manifiesto comunista*. En ella, con más claridad que cualquiera de sus escritos, quedaría reflejada de manera tajante una cosmovisión que pretendía traducirse en cambios sociales de carácter radical y de acontecer inmediato.

El Manifiesto comunista

El propio inicio del *Manifiesto* resulta magistral. De hecho, desde las primeras líneas pretende conceder una importancia —que no se corresponde con la realidad— al movimiento comunista y, a la vez, erigirlo en poseedor de un mensaje redentor que se escuchará internacionalmente:

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han coligado en una Santa Alianza para acorralarlo: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los policías alemanes, ¿Qué oposición no ha sido tildada de comunista por sus enemigos en el poder? ¿Qué oposición, por otro lado, no ha arrojado sobre sus adversarios a uno y otro lado el epíteto denigrante de comunista?

De aquí se desprende una enseñanza doble:

Primero. El comunismo es reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa; y

Segundo. Ha llegado la hora de que los comunistas manifiesten a la faz de todo el mundo su forma de ver, sus objetivos y sus tendencias; que enfrente a la leyenda del fantasma del comunismo una realidad, un manifiesto del partido.

Con esta finalidad, comunistas de diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el Manifiesto siguiente que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

Tras esta introducción, Marx y Engels trazaban los primeros aspectos de su pretendida visión científica de la Historia. El inicial y más relevante es la concepción de ésta como historia de la lucha de clases:

La historia de toda sociedad hasta el día de hoy no ha sido sino la historia de las luchas de clases.